

vida. Soledad extendiendo sus hombros y sus muslos para embalsar tus lágrimas y resucitarte de noche tras los días tozudamente herméticos del Bronx en que ella no había podido acompañarte. Soledad, alivio y nodriza, amenazando siempre con conducir a pique tus intuiciones relativistas, tus largos años de pupilaje, embarcado en el apasionante proyecto de rodeo antropológico, exhortándote a sucumbir ante la invocación ancestral de aquellas gentes, tan paradójica como amenazadora en medio de una ciudad epidémica. Fundirse al calor de esas voces abismales, que salpicabais con vuestros tarareos meridionales y tectónicos de la *nueva trova*.

Una tarde de sábado en Nueva York. Un museo de ciencias naturales. Una sección de biología humana. Una sala de espejos de todas las curvaturas. Una beca a punto de expirar. Soledad coquetea lúdica contra los paños acristalados. Se contorsiona para acentuar las despiadadas deformaciones cóncavas y convexas. Nariz kilométrica, tobillos como troncos, cintura serpenteante. El, reverente, se cuadra ante su propia imagen; explora los ángulos desde donde retar glorioso a aquellas distorsiones grotescas. La apresa por detrás y acomoda un beso escultórico a su cuello mientras desentierra para sí las mismas promesas de los primeros días, de esos días en que sellaban las cláusulas de entrega provisional. Anarse sin medida hasta donde diesen de sí los límites de la ciudad. Fuera acechaba la infidelidad y el remordimiento. Hay otro, hay otra. Por eso aquí y ahora, jugar a ser amebas, elásticas amebas que todo lo asimilan, lo asumen y lo olvidan. *¡Baila Soledad! He de volver para nuevas sesiones de lienzo. No cese tu danza. Atiza firme el suelo como si eso arbases, como hemos aprendido.* Un giro de noventa grados le entrega una reproducción bufonesca de sí mismo, gordinflón y achatado como por una prensa gigantesca, como si de cada costado tirase una de las dos mujeres. Sería su última concesión a la incompuesta. Desde mañana, en el avión, ya no habrá dos mujeres. Una y un sueño. Control, control, control.

*"¿Y será con anestesia general?" "¡Carlos, coño, que es el corazón, no el dedo pulgar!"*

Ser, en todo momento, plenamente consciente, dueño y señor de las palabras. Entregarme a mí mismo el decálogo de la ley. No hablarás dormido, no exteriorizarás tus pesadillas. No dejarás escapar su nombre al besar, al hacer el amor, al rozar el éxtasis. *¡Eso es: eludir el éxtasis para no relajar la retaguardia!* No te embriagarás ni consentirás que te hipnoticen. Huye de los psicoanalistas y de los padres espirituales. No sucumbas siquiera a los amigos fieles. Los recuerdos no aflorarán a mi rostro, no enturbiarán mi sonrisa ni ensombrecerán mi fisonomía. *¡Ay, Soledad, Soledad!, ¡cuánto más desconfiaba de tus fuerzas que de las mías!* Pero el amor fue nuestro y sólo nuestro ha de ser el dolor. *¡Oh, Dios, cuántos años hace que renuncié al imposible olvido!* Cultivar un amor interior, de imaginación y recuerdo. Un amor de apellido urbano, que mora hoy tan sólo en la jurisdicción del sueño.

Primero: la operación ineludible. Segundo: anestesia general. Todos pululando alrededor, esperando con impaciencia que recobre el sentido. Yo, desnudo en la resaca de la anestesia, resignado a ser vulnerable y torpe durante un paréntesis impreciso. Mi alerta general, de huelga, hará la vista gorda. En un segundo podría sacrificar mi prudencia de años. *¿Qué nombre gritaré en mi inconsciencia? ¿Qué escenas reviviré en alta voz? ¿Aceptarán achacar al delirio todos mis graznidos incoherentes? Andrés, Andrés, hermano mío, quisiera que tú sólo velases esas primeras horas, sordo a cuanto acaso escuches.*